

Vida religiosa, “estado de perfección” y “desierto”

Otra fuente de malestar consiste en la colisión que se da entre percepciones de lo que es y debe ser “la condición humana”. Esta colisión toca percepciones muy arraigadas de antropología teológica, entendida esta como suena: antropología teológica. Pues por desgracia esta expresión nos sigue sonando únicamente a tratado teológico, es decir a asignatura, y “tratado” que no está tratado en la vida cotidiana¹. No una condición humana en abstracto sino la condición humana del seguidor y seguidora de Jesús en pobreza, castidad y obediencia en VRA. No nos hemos librado de un cierto angelismo y sobre todo del aspirar a llegar a la “PERFECCIÓN”:

“La idea general de perfección es para todos la misma que dio Aristóteles en su definición clásica: <<Se llama perfecto... lo que, en su género, no puede ser superado en virtud o buena cualidad; un médico perfecto, por ejemplo, o un perfecto flautista serán quienes no dejen nada que desear según la naturaleza de su propia habilidad” (Metafísica, IV, 16 1201 b.). Es, pues, perfecto, aquello a lo que no puede añadirse nada, no le falta nada en su género, <<lo que es tal que no puede concebirse progreso o mejora en ello>>”²

De esta aspiración no nos hemos librado, son muchos siglos a vueltas con ella. No se trata de decir en los papeles que no la queremos, eso es evidente y no lo decimos, pero siempre se nos cuela por donde menos esperamos. La hemos expulsado por la puerta pero se nos vuelve a colar por la ventana.

Santidad cristiana ha existido, existe y existirá. Basta asomarse a las casas de mayores y escuchar “historias”, basta compartir y escuchar a gente mayor en Ejercicios para darte cuenta de cuántas vidas des-vividas por el mundo y por la Iglesia, gentes que han llegado al final con un corazón profundamente agradecidos, pero ha sido precisamente en conversaciones largas con gente mayor donde más he aprendido de los límites del modelo de perfección. No hablo de santidad sino de modelos que han configurado y configuran la VRA. Lo que parece claro es que la “perfección aristotélica más o menos cristianizada” de hecho se ha identificado con la santidad. Ha causado verdaderos estragos la lucha agotadora por llegar a ser “perfectos y perfectas”. Por supuesto que siempre se ha dicho que la perfección absoluta no existe en esta tierra, pero en la vida cotidiana alcanzar la perfección no siempre ha sido causa de más amor a Dios y a las criaturas, que es la única “perfección” a la que podemos aspirar, sino lucha competitiva por dar la talla ante un “tipo ideal” de ser religiosa y religioso que

1.- Valga como anécdota pero reveladora: basta fijarnos las bibliotecas de nuestras casas para ver como, por ejemplo, la cristología de José Ignacio González Faus, lo cito porque es uno de los teólogos que más ha marcado mi configuración cristiana, está leída en su primera parte, la dogmática menos, y su “Proyecto de Hermano”, es decir, su antropología teológica en la mayoría de ellas sin tocar. Es sintomático de lo que ha pasado estos años.

2.- José de Guibert, S.I., *Lecciones de Teología Espiritual*, Madrid 1953, p.137

pertenecía al imaginario colectivo. El examen de conciencia, muchas veces, se convertía en un puro ejercicio de llegar cada día a caer en la cuenta de que no se está a la altura, de que no se da la talla, esto era fuente de insatisfacción permanente que acaba neurotizando.

La “perfección” como modelo sigue subyaciendo, es interesante acercarnos, aunque sea de un modo breve, a cómo se formulaba la perfección cristiana. Resulta que cuando se hablaba de perfección nunca se hablaba de Resurrección ni de don del Espíritu porque no se podía, la cristología no daba de sí para ello, más adelante abordaré cómo la cristología que hoy “manejamos” no acaba de configurar nuestro Seguimiento. La Espiritualidad no la podemos separar de la teología. Basta ver el presupuesto del capítulo sobre la perfección del P. De Guibert para entenderlo:

“PERFECCIÓN: ¿Cómo se plantea la cuestión?”

Del hecho de nuestra elevación a un fin sobrenatural, que consiste en dar gloria a Dios por la visión eterna de su Esencia, fin que hemos de merecer nosotros con nuestros actos libres durante el tiempo de prueba aquí en el mundo, surge para cada hombre el negocio de conseguir su salvación. Y del hecho de que tal fin pueda lograrse en grados muy diversos, más o menos plenamente, según el valor de los méritos adquiridos, nace el problema de la perfección cristiana”³

Una Espiritualidad que se basa en una teología sacrificial del mérito, teología basada en una ausencia total de Pascua y de Pentecostés como el comienzo de la posibilidad vivir esta vida nuestra en el ámbito de la Buena Noticia del Dios Padre y Creador que siente ternura por sus hijos. Una Espiritualidad basada en el mérito y la acumulación de ellos, se convierte en la práctica en una Espiritualidad con todos los riesgos de fariseísmo larvado. Santidad la ha habido y la habrá, pero el modelo de perfección ha generado demasiado sufrimiento inútil, ha bloqueado muchas capacidades de abnegación sufrida y compasiva en favor de las criaturas y menos volcadas sobre el propio “yo”, un “yo” que tiene que “negociar” su propia salvación. Expresiones como “esto no tiene mérito porque de natural soy bondadoso o bondadosa”, que sigo oyendo, dan cuenta de lo que estamos analizando, por una parte el mérito que es el criterio de valoración y por otra “lo natural”, que es el regalo de Dios, no se tiene en cuenta porque no entra en la partida del mérito.

El planteamiento teológico que subyace a la perfección queda nítida y concisamente expuesto por el P. De Guibert. Insisto en que lo que subyace no se explicita ni se formula pero está operando, creo que es evidente que el no hablar de perfección no implica el que no este operando como modelo subyacente y por tanto en conflicto con lo que se dice en las

3.- *Ibidem.*, p.141

formulaciones explícitas, el malestar que esto provoca es evidente. Planteamiento de corte anselmiano que tan liberador fue para el siglo XI como de tristes consecuencias cuando se ha seguido repitiendo hasta hoy como casi “dogma de fe”:

“El pecado de Adán frustró este primer designio de la Providencia, quedando los hombres, por culpa de la cabeza del género humano, hechos *massa damnationis*, incapaces desde entonces de alcanzar el fin para que habían sido criados. Pero el Verbo de Dios, en su infinita misericordia, se hizo hombre y restableció, más admirablemente aún, lo que tan maravillosamente había antes establecido: nació de la Santísima Virgen María, murió por obediencia en la cruz y reparó de esta suerte la desobediencia del primer Adán que satisface por los pecado de sus hermanos los hombres, mereciendo para ellos el perdón de sus pecados, original y personales, y devolviéndoles la gracia santificante, la filiación divina, los derechos a la herencia de la visión beatífica”⁴

Ni Resurrección ni don del Espíritu, pues no hacía falta ya que sabíamos el final desde el principio, el Don Gratuito no tiene cabida. Las consecuencias son muy serias cuando los votos de una manera no dicha se siguen anclando en una Espiritualidad y teología sacrificial y de mérito. Ocasión tendremos para entrar ello.

La perfección en un espacio temporalidad de corte monacal es el “servilletero” en el que queremos colocar las nuevas formulaciones sobre la VRA, y ese es precisamente el problema, que lo “nuevo” no puede meterse en lo “viejo”, como hemos visto, porque revienta. Las formulaciones no son el problema, el problema viene cuando lo que opera es una antropología anclada en la perfección que siempre tenderá a una “cierta neurosis obsesiva”, como son las resistencias al cambio en el sentido cotidiano, tremendamente cotidiano, de salir al paso de lo imprevisto, de lo que descoloca, de lo no programado, de aquello que hace que la vida cotidiana cobre matices tremendamente sencillos pero siempre nuevos, tendencia a sobrevalorar detalles que impiden tener miradas amplias y generosas sobre la vida, cuántos problemas cotidianos por detalles que cuando uno está preocupado o preocupada de verdad por lo que acontece en la vida son nimios, sobre todo en la vida de comunidad, y sobre todo la tendencia perfeccionista de que el Dios de la Vida sólo se encuentra en lo bueno y lo bello, cuando por medio de su Hijo Jesús se ha implicado en lo “feo”, lo que no tiene apariencia y sobre todo con los “imperfectos e imperfectas”.

La vida cotidiana ha quedado tan lastrada por el modelo de perfección que muchos ambientes son sofocantes y angustiosos, esto lo reconocemos en privado experimentando mucha impotencia para modificar los estilos de vida.

4.- *Ibidem.*, p.142

Iniciación a la Vida Religiosa Apostólica y “Desierto”

En los momentos iniciales de la VRA, postulados, noviciados, etc., sospecho que la perfección es la aspiración más presente aunque no dicha. El ser “perfectos y perfectas” respecto a un modelo, que está operando en el proceso de formación, sobre qué es ser una buen religioso y religiosa sigue sutilmente presente. Buen religioso y religiosa como “tipo ideal” no como los religiosos y religiosas estamos viviendo, con nuestras luces y sombras, en la Congregación y en este mundo nuestro.

Muchas veces las etapas de iniciación a la VRA están muy descontextualizados respecto al cuerpo congregacional, no me refiero tanto a las ubicaciones físicas que en muchos casos también lo están, sino en cuanto a estilos de vida religiosa. Normalmente se confunde el que sea tiempo de “desierto”, con estilos de vida, horarios, uso del dinero y de los bienes, medios de comunicación... que no tienen prácticamente nada que ver con lo que se van a encontrar después, muchas veces en cuarenta y ocho horas, en la vida cotidiana del cuerpo congregacional. Por supuesto que, también, es un tiempo de resocialización secundaria que requiere mayor plasticidad por parte del que se incorpora a un nuevo grupo humano, pero me sigo preguntando a qué modelo de vida religiosa se quiere resocializar al sujeto que se incorpora, si al que de hecho se está dando y en el que tienen que vivir, quiera o no quiera, o a un hipotético modelo ideal que no existe y que va a suponer frustraciones que se podrían evitar. Este tema no lo tenemos resuelto porque tampoco se trata de resocializar acriticamente en el “modelo que de hecho se está dando”. No es un juego de palabras, sino que el reto está en asumir realísticamente la VRA que tenemos es la que tenemos y no la que nos gustaría y no existe, esto se presta a “estafar” a la gente como más de uno y una con dolor te lo verbaliza: “me vendieron una Congregación que no existe”. Este riesgo de “estafa” se agudiza cuando les presentamos teologías de la VR que son puro “autodeclaraciones” de lo que nos gustaría ser, confundiendo con el estilo de vida concreta que se van a encontrar. No se si un mes de “comunidades” durante el noviciado da de sí para percibir con lucidez y cordialidad a qué VR se están incorporando.

La iniciación en la vida religiosa siempre hemos dicho que es tiempo de desierto, pero no siempre estamos de acuerdo en lo que significa. Podemos acceder al desierto desde una lectura atenta del relato evangélico o bien desde una percepción atemática del desierto como pura “fuga mundi”

“El mito del desierto fue una de las creaciones más duraderas de la antigüedad tardía. Sobre todo era un mito de precisión liberadora. Delimitaba la presencia imponente del “mundo”, del que el cristiano debía liberarse, subrayando una clara frontera ecológica. Identificaba el proceso de separación del mundo con un traslado de una zona

ecológica a otra, de las tierras habitadas de Egipto al desierto. Se trataba de una frontera brutalmente nítida, ya cargada de asociaciones inmemoriales... Huir del “mundo” era abandonar una estructura social determinada por otra alternativa igualmente determinada y, como veremos, igualmente social. El desierto era una “contramundo”, un lugar donde podía desarrollarse una “ciudad” alternativa... “⁵

No es la misma percepción ni trae las mismas consecuencias. Es evidente que Jesús se retira a orar⁶, pero el material narrativo nos lo presenta más como un “hombre de hechos” que cómo un “gurú” o maestro de oración rodeado de discípulos, nos lo presenta como un taumaturgo que despliega su fuerza a favor de los amenazados en su vivir. Tomando el relato evangélico con una cierta “distancia” y haciendo una lectura serena y atenta nos encontramos en primer lugar que tiene más fuerza y densidad el “desierto” como lugar de prueba (tentaciones) al principio del relato, y Getsemaní al final del relato. Jesús es empujado al desierto (ten ermon) como lugar de prueba no como lugar de oración. Jesús cuando se retira a orar lo hace a “un lugar desierto”, al despoblado (ermon topon). La diferencia merece atención.

El desierto como lugar teológico de depuración y de prueba no es una decisión de libre elección, Jesús es empujado por el Espíritu. El desierto más que un lugar geográfico situado en el espacio y tiempo concreto como los lugares (topoi) a los que Jesús se retira para orar, es la misma vida vivida desde la terrible amenaza satánica, de sus trampas y de sus seducciones. Jesús tiene que anunciar y “practicar” el Reino de Dios, no un Reino suyo y menos un Reino configurado según el mundo, es decir, configurado por la mentira y el homicidio. Jesús tiene que anunciar y practicar un Reino que sea la visita de Dios a su pueblo para curarlo de todo achaque y enfermedad (Mt 4,23) y no otra cosa. Nosotros somos empujados a la vida y en ella, y no en otro lugar, tenemos que seguir a Jesús para que configurados por y con Él seamos portadores de Buena Noticia. Desde aquí tenemos que discernir no sólo el tiempo sino el espacio en el que nos ubicamos. La VRA al “enjaularse” en estructuras monacales tiende a lo conventual allá en donde se encuentra. Las comunidades como espacios abiertos en los que la gente pueda entrar y salir aún se vive como amenaza, o bien porque creemos que vamos a ser invadidos, cosa que es pura fantasía, o lo que es peor, porque el lugar desierto se puede convertir en lugar cómodo fuera del ajetreo y del ruido de las calles y vecinos.

Jesús no se retiró al desierto al modo de los esenios, no perteneció a la comunidad de Qumran. Jesús anuncia y hace Reino, dice y practica a Dios por los caminos de Galilea que es el lugar donde se encuentran los necesitados de alivio y de perdón. La cristología es un

5.- Peter Brown, *El Cuerpo y la Sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Barcelona 1993, pp. 296-297

6.- Toni Catalá, *Oración y experiencia de Dios*, Sal Terrae, Diciembre 1998

referente normativo para la Espiritualidad y de ningún modo podemos olvidar lo que ha pasado estos últimos siglos en el saber cristológico. Seguimos pagando las consecuencias de la separación histórica de teología y Espiritualidad. La teología sin Espiritualidad se seca, y la Espiritualidad sin teología, y la cristología es la piedra angular de la teología cristiana, se convierte en puro “algodón de feria”, que es de lo más vistoso pero de lo menos consistente.

Este desierto evangélico no es el desierto del monacato, no es necesariamente el desierto de la vida eremítica y del monacato. En absoluto le quitamos grandeza, en él se fraguaron componentes ineludibles de la vida de seguimiento, como por ejemplo, la relación con el guía y la “diacrisis”, el discernimiento de espíritus, el aprendizaje del “alfabeto del corazón”, lo que estoy diciendo es que el desierto del monacato no es el de la vida religiosa “a la apostólica”.

A las dos percepciones del desierto corresponden modos diversos de entender la Espiritualidad cristiana y por tanto de la VRA. En una el desierto supone adiestrarse para la prueba en el mundo de la vida cotidiana, que en momentos requiere lugares y tiempos de mayor interioridad como es el caso de un mes de Ejercicios en el noviciado, pero el estilo de vida tendrá que ser lo más parecido a la vida de la gente “corriente”. En otra percepción el novicio y la novicia, el formando y la formanda, se aíslan del mundo no sólo para adiestrarse en la prueba sino para aprender un estilo de vida que se la va a diluir en el momento termina el noviciado porque se han confundido los planos: Se le presentan los contenidos de una Espiritualidad pero desde un estilo de vida que corresponde a otra. Y esta otra que subyace aunque no formulada está operando más que la que se le propone categorialmente como contenidos.

Subyace una percepción de la Espiritualidad que responde a otro código antropológico y teológico. El P. De Guibert en sus magistrales “Lecciones de Teología Espiritual” propone esta definición tan concisa y fecunda para nuestro análisis.

“desde el siglo XVII la palabra Espiritualidad (*spiritualité*) se emplea en francés para designar, según la definición de Littré <<todo cuanto se relaciona con los ejercicios interiores del alma desligada de la vida de los sentidos, que no busca sino perfeccionarse a los ojos de Dios>>” ⁷

Cómo la Espiritualidad se supone desligada de la vida de los sentidos, cosa que hoy sabemos que antropológicamente no es posible, la vida de los sentidos en la formación se configura desde el presupuesto antropológico no temático que subyace a la definición de Espiritualidad de Littré. Los ejercicios interiores se hacen sobre un soporte corporal y social que

7.- José de Guibert , *op. cit.*, p.17

no es el que traía al entrar ni el que se va a encontrar al terminar. En el noviciado, da la impresión que los sentidos hay que guardarlos para que al terminar se abran todos a la vez. Por eso los postulados y noviciados son un tema no resuelto en el sentido que son lugares dónde se da la encrucijada de antropologías y concepciones de “vida espiritual”.

El riesgo de la descontextualización del cuerpo congregacional

La primera comunidad formadora y referencia fundamental como tal es la misma Congregación. Esto puede parecer abstracto y teórico pero no lo es. El novicio y la novicia entran en la Congregación llamados por el Señor a compartir el carisma fundacional, mediado por la tradición que es el Instituto. Entra a compartir un carisma fundante que se ha expresado en institución fundada, en un “modo de proceder” reconocido en la Iglesia como modo propio del Seguimiento del Señor Jesús. Esto es bueno recordarlo. El que esta afirmación en la práctica concreta y cotidiana se haga verdad supone un interrogante a las provincias sobre su “calidad de vida religiosa”.

Las provincias, distritos, inspectorías o como se llame en cada tradición, son la concreción de la universalidad de la Congregación. Lo que aquellos y aquellas que se inician perciban va a incidir mucho en su proceso de formación y probación. No se trata de “perfeccionismos”, se trata de la responsabilidad común de toda la provincia en cuidar una “unión de ánimos” desde la aceptación de los logros y los límites. Si se entiende bien la formación es asunto de todos. Es el mismo cuerpo congregacional el que genera estilos de vida, valoraciones, modos de estar en realidad, fidelidades al Evangelio o culto a los ídolos de este “mundo”.

Esto supone que en el Noviciado no se puede presentar una imagen de la provincia y de la Congregación, ni consciente ni inconscientemente, como la “imperfecta”. En muchos contextos se percibe que el noviciado se vive como el “lugar de la fidelidad al carisma fundacional” y el resto de la provincia como lugar si no de infidelidad sí de falta de coherencia. Esto no está al nivel de lo que se formula, por supuesto, pero sí en lo vivido. Se da la paradoja que el novicio y la novicia que aún no han profesado pobreza, castidad y obediencia son los que tienen que vivir sus votos en toda su integridad, para después poder montarse su propio “modus vivendi”. No lo digo por decir, es que lo sigo oyendo y viendo. Me he encontrado novicios y novicias hábiles para hacerse “una lista de las cosas que no tengo que aprender del noviciado, para que al terminar pueda volver a ser normal (sic)”

Creo que los noviciados están excesivamente tabuizados, es decir, respiran un cierto aire de que es “otra cosa” en donde no cabe lo que fuera es normal. Esto hay que entenderlo bien, siendo verdad lo que implica de ruptura con valores, estilos de vida, jergas, ritmos... hay

que tener mucha sensibilidad para evitar artificialidades y protecciones excesivas. Es preocupante que en retiros o ejercicios a novicios y novicias la mayoría manifiestan una profunda desazón y ganas de terminar: no lo achaquemos sólo a lo de siempre: es un tiempo de desierto, romper con el mundo, etc., es verdad que cuesta, ¿no será también que la iniciación a la VRA está anclada, como estamos viendo, en supuestos culturales y teológicos que ya no funcionan?. Al entrar se encuentran con algo que no responde a lo que esperaban y sospechan que no es lo que van a vivir después.

Hemos cambiado las formulaciones pero tenemos que reconocer humildemente que hay prácticas de siglos que no cambian mágicamente. Para lo bueno y para lo malo, creo que más para lo bueno, la VRA viene de muy lejos y esto no lo podemos olvidar. Replantear es mirar lúcidamente nuestras tradiciones, ver lo que está pasando y cómo nos volvemos a resituar en fidelidad al carisma y a nuestro momento actual. La vuelta a las fuentes en muchos contextos ha sido fecunda pero también metodológicamente “ingenua” e idealista. Una vuelta a las fuentes para encontrar lo mejor de nuestras tradiciones en los carismas fundacionales, pero normalmente olvidándonos de hacer una lectura crítica de los aspectos más oscuros, ¿más humanos?, de nuestros orígenes. No hubo paraísos primigenios desde los cuales todo lo que se vive se vive como pérdida. Lo que siempre hubo son, somos, criaturas de barro muy vulnerables pero que tienen la “gracia” de que son de Dios y Este se acuerda que somos barro. Tanto en los orígenes como en la historia de nuestras Congregaciones se ha dado mucha santidad, hombres y mujeres que han vivido la Buena Noticia de Jesús

Es evidente que en los “papeles” nos preocupa todo, no es evidente que la preocupación cotidiana sea la de los “papeles”. Es impresionante la psicologización de la Espiritualidad y de los procesos de formación, tendremos que estar atentos a este tema por las consecuencias que lleva consigo. Este mundo nos “vende” muchos productos mentirosos: lo políticamente “correcto”, la salud corporal y psicológica “correcta”, el hábitat ecológico “correcto”. Desde esta corrección imposible entender la exclusión y la pobreza. En un barrio y en una favela nada de esto es correcto.

Uno de los dones del Espíritu a la VRA estos años, lo considero un auténtico don, es el caer en la cuenta que la “perfección” podía enmascarar muchos déficits sobre la consideración de la condición humana, creo que el sentirnos más humanos y más débiles, menos perfectos y más necesitados de ayuda supone la posibilidad real de encontrarnos más sinceramente con el Compasivo, más situados en nuestro “justo lugar de criaturas agraciadas”. Hemos caído en la cuenta que la vuelta a las fuentes era necesaria pero tenía sus límites, no nos hemos encontrados con “perfectos y perfectas”, sino con el don del Espíritu de nuestros carismas al mundo y a la Iglesia por medio de fundadores y fundadoras de carne y hueso.